

¿Mona Lisa sonriendo nuevamente? Cuando teníamos las respuestas, cambiaron las preguntas sobre gobernanza y crisis climática¹

Mona Lisa Smiling Again? When we had the Answers, they changed the Questions on Governance and Climate Crisis

Roberto P. Guimarães ²

Resumen

La eclosión de la crisis sanitaria del COVID-19 y el recrudecimiento de la crisis ambiental por medio de la inestabilidad crónica del clima implica la necesidad de repensar conceptos tradicionales de gobernanza y las implicaciones para política pública, de clasificar fenómenos como procesos “naturales” de cambio o como crisis. A partir de un análisis crítico de tales dinámicas, el ensayo explora lo que sugiere sean los pilares básicos de gobernanza para enfrentar las crisis sanitaria y

Abstract

The outbreak of the COVID-19 sanitary crisis and the resurgence of the environmental crisis, through chronic climate instability, imply the need of reconsidering the traditional concepts of Governance and the public policy implications of classifying phenomena as either change's 'natural' processes or crises. Based on a critical analysis of those dynamics, this essay explores what it suggests are Governance's core pillars to deal with the sanitary and environmental catastrophe,

¹ Una versión preliminar de este ensayo de investigación ha sido presentada en el 9th German-Brazilian Dialogue on Science, Research and Innovation, organizado por el German Center for Research and Innovation São Paulo and FAPESP-Fundação de Pesquisa do Estado de São Paulo en 19 y 20 de mayo de 2021. El autor agradece los oportunos y valiosos comentarios de Karla Mattos, Andrés Falconer y Oliver Hille, lo cual no los hace responsables por las opiniones vertidas por el autor.

² Doctor en Ciencia Política Brasileño, ha sido funcionario permanente de las Naciones Unidas entre 1983 y 2007, desempeño, entre otras funciones, las de Coordinador Técnico de las Conferencias Mundiales Río-92, Río+10 y Johannesburgo 2002 y Coordinador del The Inequality Predictament, Informe de la Situación Social en el Mundo, presentado a la Asamblea General de Naciones Unidas en 2005. Desde su regreso a Brasil en 2007, actuó como Docente en los cursos de Maestría y MBA en la Fundación Getulio Vargas en Río de Janeiro y en el Doctorado en Ambiente y Sociedad en la Universidad Estadual de Campinas. Es autor de cerca de 350 publicaciones en temas ambientales, sociales, económicos y éticos en 19 países, incluyendo The Ecopolitics of Development in the Third World: Bureaucracy and Environment in Brazil, ganador de premios internacionales como el de Outstanding Academic Book of 1991 (revista Choice del New York Times) y Mejor Libro en Relaciones Internacionales y Medio Ambiente (International Sociological Association). Se desempeña actualmente como Consultor Senior de AMBIENTALIS Engenharia.

ambiental con miras a la construcción de sociedades más sustentables y solidarias en múltiples dimensiones.

Palabras Claves: Crisis Climática; Gobernanza; Derechos Colectivos; Bienes Comunes

to build more sustainable and caring societies in multiple extents.

Key Words: Climate Crisis; Governance; Collective Rights; Shared Goods.

Los antecedentes de la noción de gobernanza

Conviene empezar por situar el concepto original de gobernanza en los siglos XIX y XX. Ello se justifica porque subsiste siempre la pretensión de reinventar la rueda, como los economistas que escribieron sobre la globalización económica durante los años noventa olvidándose leer a Rosa Luxemburgo y a Rudolf Hilferding en las postrimerías del Siglo XX; si lo hubieran hecho, no estarían pensando que está ocurriendo un fenómeno nuevo. De la misma forma, es saludable recordar que la gobernanza no es un concepto inventado recientemente. El concepto original se presenta a fines del Siglo XVIII en la obra pionera de Immanuel KANT (2000), aunque Aristóteles y Platón ya discurrían sobre gobernanza hace miles de años. Kant parte del reconocimiento de que la naturaleza humana es supuestamente individualista, egoísta, agresiva, etc. Introduciendo la propuesta de creación de una federación de Estados soberanos, fundada en la cooperación, lo cual otorgaría un carácter de gobernanza al sistema mundial y permitiría, entre otros, a evitar guerras. Una de las vías privilegiadas para vivir “la paz perpetua” era precisamente el comercio. Para Kant, cuando las sociedades empiezan a intercambiar en términos comerciales, empiezan a acercarse, aumentando la interdependencia. Así, suponía, había más posibilidad de actuar bajo el principio de cooperación y no de competición. Kant proponía eso hace 130 años y lo que se vio a inicios del siglo XX fue casi lo opuesto, pues el comercio aumentó el individualismo, el proteccionismo y la guerra entre Estados. No hay que olvidar que en solo tres décadas el mundo fue actor y testigo de las dos guerras más fratricidas que la historia moderna conoce.

La Primera Guerra Mundial fue una guerra tan fraticida que los libros de historia la clasificaban como “la guerra para terminar con todas las guerras” porque no es posible que en solo dos años murieran 20 millones de personas. Pese a ello, la naturaleza humana siguió siendo Hobbesiana porque, 20 años más tarde, tuvo lugar igualmente sangrienta la Segunda Guerra Mundial.

El panorama sobre gobernanza se hizo más complejo pues ya no se trata solamente de abrir el mercado, parece necesario regular ese mercado, y el modelo de gobernanza que vigora hasta el día de hoy sigue siendo el modelo forjado luego de la Segunda Guerra. Se crearon las Naciones Unidas, el Consejo de Seguridad (para el cuidado de los desafíos políticos), el Banco Mundial, el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo (teóricamente para financiar el esfuerzo de reconstrucción de Europa), el Fondo Monetario Internacional (para ordenar las finanzas) y se pretendía crear también la Organización Mundial del Comercio, que no fue creada en ese entonces porque se vio que era mucho más complicado, y su negociación tomó hasta fines de los años noventa.

Desgraciadamente, el sueño de Kant, aunque teóricamente deseable y factible, no se concretizó, y la realidad indica que la naturaleza humana es un poco más mediocre que el optimismo Kantiano. El sistema-mundo imaginado por Naciones Unidas y Bretton Woods, no solo no se ha materializado, sino, todo lo

contrario, dio lugar a un mundo muchísimo más desigual, cuya insostenibilidad crece a cada año. Si uno toma, por ejemplo, el año 1960, que marcó el auge de la riqueza planetaria, la distancia entre ricos y pobres era de 30 veces, mientras en 1986 era de 60 veces, en los primeros años del Siglo XXI, alcanzó 128 veces, y la brecha sigue profundizándose. Eso representa un crecimiento exponencial, cuanto más crecemos más aumenta aún más rápidamente y más hondo el abismo entre ricos y pobres. Asimismo, en los últimos 30 años, se ha triplicado la producción de alimentos y se ha disminuido en tres cuartas partes el precio de los alimentos. La derecha sugiere que la gente pasa hambre porque no hay alimentos, mientras la izquierda señala que la gente pasa hambre porque no tiene acceso a los alimentos. Las últimas tres décadas han demostrado que los dos extremos ideológicos del espectro político están equivocados, pues se ha triplicado la producción y disminuyó el precio una cuarta parte.

Contexto Actual De Las Crisis Sanitaria Y Climática

No solo la forma de definir gobernanza adquiere sentidos contradictorios. Las propias palabras y conceptos tienen peso y vida propia, definen la realidad, delimitan sus respectivas aproximaciones. La forma como se identifican los procesos y fenómenos de la vida definen, en más de un sentido, como la sociedad se acerca a ellos y condicionan, cuando no determinan, la forma de afrontarlos e incorporarlos en el quehacer cotidiano. Un ejemplo sencillo y muy reciente revela eso de modo cristalino. Imagínese la distancia (por cierto, incommensurable) que habría entre el esfuerzo global, persistente y con decisiones cada vez más rigurosas y contundentes de prevención y mitigación, si el mundo hubiera definido el surgimiento del virus SARS-COVID-19 como un proceso de “cambio sanitario” y no como una pandemia, como una amenazante crisis sanitaria global. *Cambio* sanitario transmite una visión y comprensión de del virus como un proceso natural, con inicio, medio y, principalmente, fin, mientras una crisis sanitaria requiere de medidas drásticas porque pone en riesgo la sobrevivencia de las personas, individual y colectivamente.

Algo idéntico se verifica con el aséptico y apolítico discurso de “*cambio climático*” al tratar de domesticar conservadoramente la actual crisis climática que amenaza transformarse en crisis terminal de la civilización contemporánea.

Como sugiere acertadamente Harari YUVAL (2021), aunque la humanidad no hiciera nada al respecto de la COVID-19, y pese a millones de muertes, luego de un período los más adaptados lograrían sobrevivir, mientras “la ausencia de acción puede llevar el ser humano a la extinción, y eso es más asustador que el COVID”. Es más, si no se logra cooperar mundialmente para combatir la pandemia, menos todavía se puede imaginar que se habrá de cooperar para superar la catástrofe climática. Así y todo, Yuval sigue optimista que la capacidad de cooperación es, hoy día, mayor que en cualquier época anterior en la historia.

Parafraseando al aclamado cantautor Cubano Silvio Rodríguez en una de sus más bellas composiciones, *Pequeña Serenata Diurna*, “cambio no es lo mismo que crisis... pero es igual.”

En verdad, la doble respuesta global, a la crisis de COVID-19 y a crisis climática, revelan, en sí mismas, la intencionalidad política, conservadora y marcadamente desmovilizadora de las respuestas nacionales e internacionales. Es sin duda correcto reconocer que la ciencia indica que los “cambios” climáticos han sido siempre parte inherente e ineludible de la historia y evolución del planeta, y constituyen procesos y fenómenos naturales cuyas respuestas han revelado la inagotable capacidad de adaptación de la especie humana y de la Naturaleza a lo largo de milenios. Cuando se reconoce en tanto, explícitamente, que lo que enfrenta hoy día la Naturaleza, el ser humano y la humanidad en su conjunto *es una crisis de estabilidad en el sistema de clima del planeta*, el mensaje y las respuestas individuales y colectivas tienen que ser, por definición, radicalmente distintas, más urgentes, y requieren de intervenciones de la sociedad organizada para contrarrestar la amenaza muy real y cada vez más cercana de extinción, como mínimo, de la civilización, bien como una posible vuelta a una barbarie análoga a la de las cavernas.

De la adaptación a la extinción

No es posible cuestionar que la humanidad ha resultado victoriosa a lo largo de milenios al enfrentar tanto procesos de cambio como de crisis. Si al empezar el Holoceno la población era de aproximadamente 4 millones de personas, en 12 mil años alcanzó a más de 8 mil millones de hoy, un crecimiento exponencial de 2 mil veces. Si la esperanza de vida se situaba por debajo de los 23 años al iniciar la Revolución Industrial, se ha logrado más que triplicar a los actuales 70 años. Así y todo, si bien se había logrado creer en la ilusión de un progreso y crecimiento ilimitado, luego el desequilibrio de Gaia hizo con que la Naturaleza nos pasara la cuenta. Como advirtiera A.F. Coventry a mediados del siglo pasado, “hemos estado transgrediendo las pequeñas leyes de la Naturaleza hace mucho tiempo, y las grandes empiezan ahora a alcanzarnos” (cf. MILLER, 1979:32)

De hecho, la historia de las civilizaciones que han desaparecido en el pasado revela, entre muchas falencias sociales y políticas, la incapacidad de sus instituciones de reconocer que no estaban enfrentadas a procesos naturales sino a momentos de ruptura estructural y definitiva. Tal desatino las llevó a la extinción, relegándolas a una curiosidad, una nota de pie de página en los libros de historia

Cinismo y parálisis individual y colectiva

Algo muy semejante desfila delante de nuestra ceguera arrogante, la posibilidad real de transformar la sociedad moderna en un capítulo más de los fracasos civilizatorios. El planeta y la Naturaleza, por cierto, pese a lo que creen los extremos negacionistas y catastrofistas, irán a sobrevivir a la crisis del clima, aunque no necesariamente serán capaces de mantener la vida en sociedad como la hemos usufructuado hasta aquí. Se impone añadir, en tanto, que esta ceguera se ha transformado, en años recientes, en verdadero *cinismo*. Un cinismo que reniega la ciencia en favor de intereses económicos. Siguiendo las enseñanzas de Theodor ADORNO (1950) al describir los trazos característicos de la personalidad autoritaria, el cinismo, y hasta mismo el odio de los negacionistas de la catástrofe climática, corresponden a una decisión deliberada de rechazar aquello que define el pensamiento, o sea, la distinción entre verdadero y falso. Marilena CHAÚÍ (2021) resume muy bien esa postura y sus reverberaciones actuales, al recordar que “el cinismo hace de la mentira el arte de gobernar, y de las fake news la forma de hacer política”, en suma, fortalecer el trabajo de falsificar la realidad y destruir la sociedad y la cultura.

De igual modo, la crisis climática y la crisis sanitaria han provocado mucho miedo y desesperación, ambos reforzados por una profunda sensación de impotencia. Una atmósfera que ahoga a las mayorías con la percepción de que no se puede alterar la historia actuando como individuos, solos, aislados, marginados. Ello impide que se vislumbren soluciones colectivas, sistémicas, globales. Por fortuna, las micro y medianas experiencias como las del Ocupe Estelita en Recife y el movimiento Parque Augusta en San Pablo, las propuestas de agroecología urbana, reforestación y redes de wifi y de salud comunitarios como los que prevé el *Reglamento de Boloña para el Cuidado e Regeneración de los Comunes Urbanos* (HARVEY 2014), y muchas más, indican que es posible un otro mundo, todavía un futuro utópico, pero viable y claramente empoderador por la vía del pertenecimiento de amplias mayorías.

En resumidas cuentas, la apropiación de los comunes representa una alternativa anti-sistémica en la dirección opuesta de las propuestas todavía vigentes de desarrollo sustentable y de gobernanza, un modo de pensar fuera de la caja maniqueísta Estado-Mercado. En verdad, más que pensar fuera de la caja, pareciera responsable, ante todo, tirar esa caja a la basura.

Las circunstancias señaladas anteriormente sirven como punto de partida para analizar cómo el mundo enfrenta los desafíos planteados por la crisis de la estabilidad climática. Conlleva al menos dos aspectos fundamentales para tener en cuenta desde un inicio.

Inequidad y egoísmo

En primer lugar, impone reconocer el sustrato de *inequidad* de la crisis. El consenso científico de que el ciclo *actual* de cambios climáticos ha sido el resultado de la acción humana, es cierto, representa un avance en las últimas tres décadas gracias a la ciencia fortalecida por el IPCC (sigla en inglés del Panel Intergubernamental de Cambio Climático), contiene una media verdad peligrosa para seguir emasculando el debate y las posibilidades de acción. La intervención humana ha de hecho resultado en la crisis, pero no han sido *todos* los humanos, sino la acción de una minoría de las élites dominantes en varias partes del planeta, tanto en los países ricos como en los países periféricos. El comportamiento típico de una élite rentista en su relación con la Naturaleza, y cuyo pensamiento y acción son marcadamente excluyentes, cínicos en el sentido de Adorno, socavan y en efecto impiden cualquier avance en la superación de la crisis

Pérdida de credibilidad de Naciones Unidas

En segundo lugar, Naciones Unidas sufre una profunda *crisis de credibilidad*. La creación de la Organización de las Naciones Unidas luego de la Segunda Guerra Mundial representó una de las innovaciones institucionales más importantes del siglo pasado en materia de otorgar gobernanza a las relaciones internacionales. Tan importante como afianzar los esfuerzos para la paz, ha sido la incorporación del tema del desarrollo y de los derechos sociales, económicos, políticos y de derechos humanos en la agenda global.

El sueco Dag Hammarskjöld, segundo Secretario-General entre 1953 y 1961) creó las primeras Fuerzas de Paz en Egipto y Congo, y sus esfuerzos llevaron a John Kennedy a afirmar que era “el más grande Estadista del Siglo XX”, confirmado cuando fue distinguido por el primer y único Premio Nobel de la Paz póstumo. U Thant, nacional de Birmania (actual Myanmar), prosiguió en el mismo sendero de Hammarskjöld y fortaleció el reconocimiento y autoridad de NN.UU. Decisivo en la formación de Malasia, U Thant desempeñó un papel igualmente decisivo en la Crisis de los Misiles Soviéticos en Cuba en 1961, cuando logró desarmar el inminente conflicto nuclear entre las dos superpotencias. Coherente con su defensa incondicional del multilateralismo, U Thant rehusó servir un tercer mandato por su posición declaradamente contraria a la intervención de los Estados Unidos de América en Vietnam, jubilándose en 1971.

En la gestión del Egipcio Boutros Boutros-Ghali, entre 1992 y 1996, las Naciones Unidas fueron puestas a prueba en diversas partes, desde la desintegración de la entonces Yugoslavia hasta la Genocidio en Ruanda. Éxitos reconocidos de esa época fueron las misiones para la construcción del Estado

de Namibia, excolonia de Sudáfrica, y el propio Acuerdo de Paz que puso fin a más de seis décadas de Apartheid en ese país y abrió camino a la asunción al poder de Nelson Mandela en las primeras elecciones multirraciales de Sudáfrica. No se puede olvidar, asimismo, la enorme repercusión y fortalecimiento de Naciones Unidas con realización de una de las más importantes y decisivas Cumbres Mundiales en los primeros 50 años de la Organización, la UNCED o Río-92, Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, que representó un divisor de aguas en el derecho medioambiental internacional.

Culmina el período en cierto sentido ápice de Naciones Unidas el Ghanés Kofi Annan, uno de los más longevos (junto con U Thant) Secretarios-Generales de Naciones Unidas (1997-2006). El reconocimiento de las acciones decisivas de Kofi Anan en el fortalecimiento de la agenda de Derechos Humanos por intermedio, por ejemplo, del establecimiento del Fondo Global de Lucha Contra AIDS, Tuberculosis y Malaria, como también en las sucesivas Misiones de Paz en excolonias como Timor Occidental, llevaron Kofi Annan y Naciones Unidas al Premio Nobel de la Paz de 2001. La oposición de Annan a la intervención norteamericana en Irak, en una violación frontal al derecho internacional, dio inicio a una acción determinada de EE.UU. de difamación y descrédito en contra del Secretario-General.

Desde ese entonces se ha hecho evidente el creciente deterioro de la autoridad, legitimidad y respetabilidad de Naciones Unidas. Casi no es llamada más a dirimir o negociar conflictos y es muchas veces pasada de largo en procesos fundamentales para la paz, como sucedió en el Acuerdo Nuclear con Irán y en los conflictos en Siria, Yemen, Sudán, Oriente Medio y otras regiones marcadas por inestabilidad crónica.

Como no podría dejar de ser, ese desprestigio se revela también en la gobernanza ambiental, como atestatan los relativos fracasos y retrocesos de Río+10 (Johannesburgo-2002) y Río+20 (Río 2012) y las sucesivas COP del Clima. Claro que muchos irán reaccionar que se trata de una crítica exagerada, pero, aun así, es imposible no comprobar el fracaso cuando medido por la vara de los avances verdaderamente revolucionarios en materia ambiental y de derecho internacional logrados en Río de Janeiro en 1992 y que consolidaron el pionerismo de Estocolmo en 1972.

Crisis del multilateralismo

Los cánones de la justicia ambiental, en cambio, sugieren que, en lugar de aislarse y protegerse a sí mismo, los desafíos contemporáneos exigen cuidar de los demás. Como plantea acertadamente el líder indígena y ambientalista brasileño Ailton Krenak, “el futuro es ahora porque puede que no haya mañana”. En efecto, 2020 obligó a suspender, por lo menos momentáneamente, esta

ceguera colectiva y deliberada. Puede que volvamos a cerrar los ojos, pero no hay forma de borrar las imágenes de un mundo insostenible desde el estallido del Covid-19 hasta la profundización de la catástrofe climática. En los hechos, la eclosión de la pandemia del *COVID-19* refuerza los mismos desafíos de la *crisis climática* puesto que están *entrelazadas* y comparten mucho de sus orígenes como la deforestación, y condicionan las alternativas de respuesta a ambas crisis. Desafortunadamente, en respuesta al enmarañado COVID-Clima, los Estados sacan provecho del vacío dejado por NN.UU., actúan aislados y apelan a intereses económicos individualistas, en oposición a la solidaridad internacional.

Es posible evidenciar incluso “físicamente” el debilitamiento del multilateralismo y de la solidaridad internacional con la construcción de más de mil kilómetros muros de concreto, alambre de púas y demás barreras para impedir la migración forzada de casi 300 millones de inmigrantes y refugiados hasta 2020 y que han transformado Europa, antes la voz del humanismo y de la paz, en una real fortaleza xenofóbica, chauvinista y crecientemente fragmentada. Ello, sumado a la verdadera carrera de ratas para la compra de vacunas constituyen, además, un atestado real, concreto, de la “ética” practicada por las élites, que pone en tela de juicio el slogan de que “estamos todos en el mismo barco”. Pocos que proponen esa analogía atractiva en apariencia, pero engañosa, se dan cuenta que, si así fuese, los ricos ocuparían la primera clase, mientras las mayorías vivirían hacinadas, siquiera en la clase económica, sino en las bodegas.

Ilustra esa triste realidad la situación de las compañías farmacéuticas, que se han beneficiado enormemente de enormes sumas de financiación pública para investigación y desarrollo y compromisos de compra anticipada, que ascienden entre US \$ 2.2 mil millones y \$ 4.1 mil millones, en Alemania, Reino Unido y América del Norte. Desafortunadamente, estos gobiernos no condicionaron su apoyo financiero a medidas que permitirían producir más vacunas por medio, entre otros, de grupos de patentes compartidas como el Grupo de Acceso a Tecnología COVID-19, o de licencias no exclusivas, que permitirían a las empresas farmacéuticas con capacidad de fabricación sobrante aumentar la oferta. Hasta ahora, entre tanto, la mayor parte del esfuerzo se ha destinado a aumentar la capacidad de producción en las propias instalaciones de los desarrolladores de vacunas o mediante subcontratos y acuerdos de licencia con otros desarrolladores, como el acuerdo de AstraZeneca con el Serum Institute de India o el apoyo de Sanofi para llenar y envasar las vacunas de Pfizer (LANCET 2021)

Un ejemplo adicional y bastante elocuente ha sido el informe oficial, aunque mantenido en las sombras por un tiempo, que reveló las maniobras de los Estados Unidos para presionar Brasil y otros gobiernos para que no comprasen la vacuna rusa Sputnik V debido a motivaciones geopolíticas, declaradamente “para evitar influencias “malignas” en la región” (DEUTSCHE WELLE 2021).

Hay que reconocer que en el caso del “paria” internacional, Brasil, no ha sido necesario ejercer demasiada influencia, puesto que el gobierno negacionista de Jair Bolsonaro resistió tanto como pudo adherir al Global Covax Facility de la Organización Mundial de la Salud para la compra de vacunas y boicoteó la compra de vacunas disponibles en el mercado. Es sin duda revelador y vergonzoso que en pleno Siglo XXI la geopolítica y la ideología prevalezcan sobre la salud y el bienestar.

La otra cara, social, de la misma moneda se hace representar en la oposición a la mitigación de la crisis climática, en especial a la reducción de emisiones de gases de efecto invernadero, que mimetizan las protestas contrarias a las medidas de distanciamiento social y de cierre transitorio de actividades económicas frente al avance del Covid-19 y fortalecen el aislacionismo europeo antiinmigrantes de refugiados desplazados.

Globalización contemporánea, cinta transportadora de la crisis

Se impone quizás situar los comentarios hasta aquí en el contexto de la globalización por su gravitación tanto en los modelos de gobernanza como en el enfrentamiento de las crisis globales. Por cierto, no suena muy “moderno” y quizás esté incluso fuera de lugar hacerlo al cumplirse recién las primeras décadas de un nuevo milenio, siempre colmado de promesas, pretender ofrecer una mirada a los desafíos actuales a partir de la óptica de las falencias acumuladas en materia de gobernanza, algo por cierto “políticamente incorrecto” al menos desde la *ideología* de la “nueva” globalización, característicamente acrítica y conformista.

Un milenio que en su versión anterior se había inaugurado también con un intento de “globalización”, en ese caso la expansión de la civilización cristiana occidental por medio de ocho sucesivas y sangrientas Cruzadas supuestamente “evangelizadoras”. Expediciones que, más allá del carácter caballeroso y noble que enseñan los libros de historia, se organizaron en los hechos como expediciones militares para abrir nuevas rutas al comercio, conquistar territorios musulmanes o simplemente resolver disputas feudales exportándolas. No muy distintas pues de las “cruzadas” actuales supuestamente a nombre de valores superiores y más civilizados como los del libre mercado y de la libre circulación de capitales en desmedro de los intereses de las poblaciones e intereses nacionales.

Pese a sus singularidades, subsisten muchas semejanzas entre esas “globalizaciones”. Para llevar a cabo la “cristianización” de los pueblos todavía no favorecidos por las promesas del paraíso celestial del mercado y del libre comercio, se han sustituidos los caballos y la catapulta por instrumentos evangelizadores más civilizados, como los son las instituciones de Bretton Woods con sus agregados modernos, la Organización Mundial del Comercio,

el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Curiosamente, el fervor de los defensores de la globalización actual se acerca mucho a la ferocidad y al dogmatismo de los cristianos globalizadores de principios de los años mil. Sin perjuicio de que el sable haya sido sustituido por formas institucionales menos sangrientas, estas resultan ser igualmente devastadoras para la gran mayoría de los seres humanos, en especial para los que se encuentran en la periferia de la economía-mundo (GUIMARÃES, 2003).

Al menos dos aspectos merecen ser destacados para caracterizar las dimensiones socioeconómicas de la oleada de globalización reciente. Desde luego, en el periodo anterior, 2 de cada 10 habitantes del planeta seguía sin acceso al agua, y el doble, 4 en cada 10, sobrevivían entremedio de cloacas a cielo abierto, sin saneamiento, alcantarillado o recolección y tratamiento de desechos domiciliarios. Como resultado de la “nueva” globalización, la situación social y sanitaria se ha deteriorado aún más en muchas regiones del planeta y, hasta mismo en el espacio objeto de intenso marketing globalizador, la creación de una supuesta “aldea global” proporcionada por las redes de interconexión, todavía cerca de la mitad de la población mundial jamás ha utilizado la Internet por ausencia absoluta de acceso a la red, aunque la brecha de uso de aparatos móviles prácticamente se haya cerrado.

Enmarcado por ese contexto global, y luego de un acotado cuestionamiento sobre cómo se acerca a la gobernanza en diversas áreas, el análisis busca poner en relieve dos de los pilares de gobernanza, el primado de los *intereses colectivos* y el establecimiento de *ingreso básico universal*, para cerrar con breves comentarios respecto del persistente *gatopardismo neoliberal* que profundiza el ya identificado en la literatura “*conservadurismo dinámico*” SCHON (1973) de las instituciones cuando se ven enfrentadas a desafíos e innovaciones tecnológicas y organizacionales, poniendo en práctica cambios cosméticos para garantizar que nada cambie.

La gobernanza profundiza la retórica del desarrollo sustentable

Se hace insoslayable poner en tela de juicio el proceso de domesticación de la gobernanza que refuerza el vaciamiento del discurso y práctica de desarrollo sustentable para transformarlos en pura retórica estéril que se agota en el discurso. La gobernanza comprende procesos, prácticas, estructuras y normas para gobernar o administrar áreas que merecen la atención y la acción públicas. En otras palabras, significa ejercer autoridad para implementar, controlar y revisar políticas. Hoy, sin embargo, la gobernanza incluye los conceptos más dispares, contradictorios e incluso opuestos, de verdadera ingeniería social, socavando su significado y potencial progresista, echando la gobernanza junto con el agua sucia del baño de la modernidad.

El Desarrollo Sustentable, lanzado originalmente por la Unión Internacional

para la Conservación de la Naturaleza (UICN, 1980), alcanzó protagonismo mundial con la Comisión Brundtland en (WCSD, 1987), por medio de una forma específica de gobernanza, al proponer que el desarrollo debiera satisfacer las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer sus propias necesidades. Amartya SEN (2004) ofreció quizás la crítica más contundente a esa forma de domesticación del desarrollo.

Sustentabilidad como satisfacción de necesidades o como ejercicio de libertades y manifestación de amor entre generaciones

Estuvieron plenamente justificados los miembros del Comité del Premio Nobel de Economía al galardonar Amartya Sen en 1998 en reconocimiento por sus innovadoras investigaciones sobre el desarrollo. De acuerdo con el pensamiento de Sen, el desarrollo sostenible está íntimamente ligado a *derechos* y muy poco, si acaso, a *necesidades*. Por tanto, el desarrollo sustentable no se define sobre la base de garantizar el sustrato de recursos para satisfacer necesidades humanas actuales y futuras. Debe concebirse en cambio como la expresión y el ejercicio de *libertades*. El desarrollo será sustentable en la medida exacta que logre expandir las oportunidades para el ejercicio de libertades por todos los seres humanos (SEN 1999).

Los presupuestos de libertad suponen responsabilidad, todo lo cual que conduce naturalmente a la noción de poder, el ejercicio responsable del *poder*. No la concepción común de poder como una expresión de dominio de algunos individuos sobre otros, sino principalmente el poder humano, el poder *responsable* de no producir daño a alguien o alguna especie desprovista de posibilidad de reacción o defensa. Como subraya Amartya Sen, este poder "primario" está más plenamente representado en el amor maternal, por definición, incondicional. Sin embargo, la misma madre que es capaz de dar su vida incondicionalmente para proteger a su pequeño e indefenso hijo también puede entregar a ese mismo niño, ya adolescente o adulto (i.e., capaz de defenderse), a las autoridades por su relación con alguna actividad criminal como el narcotráfico, la prostitución o la trata de mujeres y niñas.

Esta ilustración sobre cómo se manifiesta en la práctica el amor maternal permite extender la ética de la sustentabilidad a las generaciones futuras y a otras especies por igual. Pues pasa a constituir un imperativo moral y ético de cualquier miembro de una sociedad civilizada garantizar las posibilidades de una vida digna para las generaciones futuras, así como para nuestros socios en la naturaleza. No así por los beneficios que tal comportamiento pueda brindar a los seres humanos vivos (desde la perspectiva de una ética utilitarista) o por algún dogma social (desde la perspectiva de sostenibilidad de Brundtland). Esta obligación ética no es más que el resultado del poder

que tiene el ser humano para infligir daño a quien no tiene la facultad o los medios para defenderse de nuestras agresiones como, por definición, las generaciones futuras y demás especies.

Bretton Woods contribuye a domesticar la gobernanza y el desarrollo sustentable

No debe pasar desapercibido tampoco que el concepto de gobernanza ganó un amplio *aggiornamento* después que el Banco Mundial pasó a difundir modelos de “modernidad” que restringieron la gobernanza a la necesidad de “luchar contra la corrupción” de acuerdo con los dogmas del Consenso de Washington, en apoyo de las políticas económicas con matices neoliberales de desregulación generalizada y reducción del Estado que prevaleció a partir de fines de los años ochenta (WILLIAMSON, 1989, STIGLITZ, 1988). Se podría sugerir, sarcásticamente, que promover esta visión restringida e ideológicamente sesgada de gobernanza, además de hacer corar a Aristóteles, Platón y Kant, equivaldría a pretender que los hermanos Wright “inventaron” el avión --en este caso, un “avión” muy particular, sin motor ni autonomía-- empujando el artefacto cuesta abajo y usando una catapulta para hacerlo “volar” un par de minutos.

Como resultado de las dinámicas a partir del surgimiento de la propuesta hegemónica de sustentabilidad y de formas muy específicas de gobernanza, ésta se ha convertido en un auténtico oxímoron tanto para la gobernanza como para la sustentabilidad del desarrollo. Lo significa todo y, por tanto, nada de relevancia para las políticas. Para poner a prueba ese simple perogrullo, sería suficiente tratar de encontrar a alguien que este en contra de la gobernanza o del desarrollo sustentable. La virtual unanimidad respecto de ambas propuestas ya, de por sí, encierran una paradoja insalvable, particularmente en vista del hecho de que ambos conceptos surgieron precisamente para responder al reconocimiento de que el pensamiento del desarrollo, luego de la Segunda Guerra Mundial, especialmente a partir de la creación de las Naciones Unidas, empero se fueron revelando prácticas carentes de sustancia fuera del discurso o de la retórica.

Por una gobernanza mínima, “by the books”

Pareciera pues saludable realizar un esfuerzo concertado para descolonizar el pensamiento tradicional de gobernanza y desarrollo que perpetuó por décadas la desigualdad y la marginación de las mayorías de mujeres, negros e indígenas, entre otros grupos más, eufemísticamente llamados de “minorías”. Aquellos interesados en promover, por ejemplo, la gobernanza ambiental en lugar de la gobernanza corporativa para enfrentar la catástrofe climática,

estarían en una posición superior y más sensata simplemente promoviendo la aplicación de las leyes ambientales y sociales ya existentes, bien como los compromisos oficiales asumidos en sucesivas convenciones y acuerdos adoptados internacionalmente y sus posteriores Conferencias de las Partes.

Este enfoque justificase al considerar, además, que al mundo no le falta "voluntad política" para adoptar decisiones universalmente aceptadas, sino que sobra *voluntad política* para evadirse de responsabilidades. Se necesita, en pos de la gobernanza, identificar claramente los actores, tanto nacionales como internacionales, que hacen acopio de su voluntad política precisamente para socavar y obstruir las posibilidades de superación de la crisis climática. En verdad, la gobernanza climática se fortalecería en gran medida mediante la aplicación de sanciones por incumplimiento de las leyes ambientales existentes.

Aún más importante, la gobernanza sería mucho más eficaz al proveerse de "garras" los acuerdos internacionales (considerados "toothless agreements") por medio de al menos dos formas sencillas pero muy efectivas. En primer lugar, incluir en los procesos de la Organización Mundial del Comercio disposiciones para sancionar aquellos países que no cumplan con sus compromisos de reducción de emisiones y, por ende, desequilibran el comercio por medio de ventajas competitivas espurias. En esa misma dirección, las actuales más de dos tercios de las cadenas de suministro de productos a partir de la degradación recursos naturales como la madera, que actualmente no tienen en cuenta sus orígenes de tala ilegal o deforestación, podrían reducirse drásticamente si se garantizara el seguimiento de las condiciones de su extracción oficial e transparente por medio de certificados reconocidos internacionalmente.

El mercadeo verde

Por último, tanto como en el desarrollo sustentable, los criterios de gobernanza tienen que ser estructuralmente *anti-sistémicos*. En caso contrario, representarían tan solo el aludido conservadurismo dinámico, cambios cosméticos, retóricos, para garantizar que nada cambie realmente. Esto ocurre, por ejemplo, con la mayoría de las propuestas de desarrollo sustentable no anti-sistémicas (como mucho de lo que propone el New Green Deal de los Estados Unidos). De partida, pese a sus buenas intenciones, el Acuerdo Verde no contiene una sola mención respecto de la constitución de un sistema único, universal y gratuito de salud en los Estados Unidos, entre muchas otras contradicciones insustentables.

Suficiente con algunas ilustraciones más de la nueva panacea como profundización de la domesticación del desarrollo sostenible, aunque represente una cambio radical en la política norte-americana: (1) la esperanza puesta en

innovaciones tecnológicas supuestamente neutrales aunque no fundamentadas socio-ambientalmente, (2) la apuesta en coches eléctricos ignorando los impactos socio ambientales (se requiere 1 millón de litros de agua para producir una tonelada de litio contenido en las baterías eléctricas –el magnate Elon Musk reconoció públicamente haber apoyado el golpe de Estado que sacó Evo Morales de la Presidencia de Bolivia por “no haber negociado en términos favorables a nosotros, que sirva de alerta, (3) los requerimientos aún más estratégicos de Cobalto y, en especial, de Coltán, indispensables para que existan aparatos electrónicos como computadoras, celulares y componentes de automóviles, cuyas reservas, por alguna maldición divina, son encontrados mayormente en tierras de los indígenas Batwa en la República Democrática de Congo, sujetos a un verdadero genocidio con políticas de expulsión de sus tierras y de exterminio de sus poblaciones (véase, entre otros, IfE, 2021). Por último, pero no por ello menos importante, las fuentes de energía alternativas propuestas en el Acuerdo no son neutras en carbono.

Constituyen ejemplos adicionales del llamado “Green Washing o Green Spinning” el manipuleo de la opinión pública por las acciones de propaganda, lobby y mercadeo, de las iniciativas que pretenden demostrar el compromiso de las petroleras como vanguardias de la exploración de fuentes de energía alternativas precisamente a los combustibles fósiles. Frente al lavado verde, resulta difícil imaginar si George Orwell no habría sido aún más creativo al escribir *1984* bajo el bombardeo de informes hoy diseminados por los grandes productores y consumidores de combustibles fósiles. Quizás, de haber sido así, muchos dejarían de describir la obra de Orwell como la imaginación de una distopía, sino la descripción de la más cruda realidad.

En resumidas cuentas, el estatus quo de la gobernanza actual, fundada en actores e instituciones todavía dominantes y excluyentes, solo hace más cuesta arriba la lucha para cambiar los pilares que llevaron a la catástrofe climática. Abundan los ejemplos que, tal como el Nuevo Pacto Verde de los Estados Unidos, promueven muchas mudanzas solo cosméticas, como ha sido el caso de las secuelas de la reciente crisis financiera mundial, cuya superación ha llevado a una menor, no mayor, responsabilización de las instituciones financieras, cada vez más protegidas, en las sombras de la impunidad.

Salta a la vista, en conclusión, la asertividad del presidente Dwight Eisenhower en su discurso de despedida de la Presidencia de los EUA, al advertir que, ante los peligros de la formación de un complejo militar-industrial. Ante una amenaza de tal magnitud, los anhelos de paz del pueblo norteamericano se sentían con tal intensidad que, proseguía Eisenhower, “uno de esos días los gobiernos deberían apartarse del camino y dejar que ellos [los pueblos] los disfruten”. Ha pues llegado el momento de que las instituciones sociales y políticas se aparten del medio para no interponerse en el camino del futuro, para que las sociedades aprendan a afrontar y

superar las crisis sanitarias y ambientales. En el nivel más concreto de la política pública, esto significa que debemos incorporar la racionalidad socio-ecológica en nuestra forma de asignar recursos, luchar por el poder o simplemente decidir cómo gastar el presupuesto del próximo año.

Crisis supone derechos colectivos y bienes comunes

No sorprende que las personas emulen el aislacionismo internacional de sus líderes y fomenten sus intereses egoístas e individualistas en detrimento de los derechos colectivos a un medio ambiente saludable, libre de COVID-19 y de eventos climáticos extremos. La misma oposición a la mitigación y adaptación al cambio climático se manifiesta en muchas protestas a nivel mundial contra cuarentenas, cierres y medidas de aislamiento social, favoreciendo la apertura de actividades económicas para supuestamente evitar pérdidas de ingresos y empleos.

¿Una Nueva Revolución Francesa en Ciernes?

En su más reciente libro (2021), el aclamado experto en desigualdades, Thomas Piketty, concluye que la mitigación de los efectos del cambio climático y el financiamiento de medidas para los países más afectados invocan una transformación global del sistema económico y de la distribución de la riqueza, proceso que implica el desarrollo de nuevas coaliciones políticas y sociales a escala global. En sus propias palabras, “la idea de que solo puede haber ganadores es una ilusión peligrosa y adormecedora de la que debemos deshacernos lo antes posible” puesto que

“Estamos en una situación no muy diferente a la que llevó a la Revolución Francesa: hay una fuga hacia la deuda pública que se explica por el hecho de que no se puede hacer pagar a las clases privilegiadas. En ese momento, era la nobleza la que no quería pagar impuestos. ¿Y cómo se resolvió esto? Con una crisis política, con los Estados Generales, la Asamblea Nacional y el fin de los privilegios de la nobleza. Ahora, de una forma u otra, terminará de la misma manera.” (PIKETTY, 2021).

Los dueños del mundo todavía no conocen la Bastille

La riqueza colectiva de los 651 billonarios en los EUA se ha incrementado de 2,95 mil millones de dólares a 4,01 mil millones tan solo en los primeros meses

da la pandemia de Covid-19, entre marzo y diciembre de 2020. Las cifras relativas en relación a los multimillonarios del mundo acompañan esa tendencia, con el récord anterior de 8,9 mil millones en 2017 a 10,2 mil millones en 2020 (véase, entre otros, OXFAM 2021).

En el mundo, el salto ha sido de 660 mil nuevos billonarios. El reducido grupo de 2.755 extremadamente ricos logra acaparar en la actualidad 13.1 mil billones de dólares de la riqueza global, el equivalente a 10 veces el Producto Interno Bruto de la octava economía del planeta, Brasil.

El caso de Brasil es sin duda emblemático. En 2011 Brasil contabilizaba 30 personas con fortunas superiores a los mil millones de dólares según una evaluación de la revista Forbes, y la mitad de ellos declaró que dependen de la herencia familiar para disfrutar de su patrimonio. En conjunto, esos 30 multimillonarios disponían de una fortuna total estimada en US\$131,4 mil millones, lo que equivalía al 5 por ciento del Producto Interno Bruto brasileño total en 2011.

Diez años más tarde, la misma revista Forbes (citada en el mismo informe de Oxfam arriba) reveló la existencia de 65 multimillonarios en Brasil, cuyo valor total de riquezas alcanzó la suma de US \$ 223,3 mil millones, es decir, el 16 por ciento del PIB estimado para el año 2021. Mientras el número de multimillonarios brasileños se multiplicó por 2,2, las fortunas totales aumentaron un 70 por ciento y la participación relativa de multimillonarios en el PIB aumentó en un 191 por ciento entre 2011 y 2021.

Por otra parte, la desigualdad en Brasil tiene género y color. Al iniciar la década de 2020, 7 de cada 10 brasileños más pobres son mujeres y negras. Los 750 mil blancos que ocupan el 1 por ciento de la pirámide social y representan el 0,56 por ciento de la población acaparan ingresos equivalentes al del total de las 33 millones de mujeres negras, el 26 por ciento de la población (BOTTEGA, 2021).

Complementa el cuadro descrito, el escándalo revelado, en octubre de 2021, de los *Pandora Papers*, los millones de documentos basados para la prensa y que han revelado los secretos financieros de 35 líderes mundiales actuales y anteriores, y más de 300 titulares de cargos públicos en más de 90 países y territorios, además de un elenco global y diverso de multimillonarios, incluyendo forajidos, malversadores y asesinos (ICIJ, 2021). A partir de casi 12 millones de archivos confidenciales fue posible identificar 14 empresas de todo el mundo que asesoran la creación de empresas extraterritoriales en paraísos fiscales para clientes que a menudo buscan mantener sus actividades financieras fuera del radar público y de las autoridades.

Los registros incluyen información que involucra casi el triple del número de líderes mundiales actuales y anteriores y cuentan con más del doble de titulares de cargos públicos que cualquier filtración previa de documentos en compañías extraterritoriales. Se hace referencia aquí a los *Panamá Papers*, que provinieron de los archivos de un único proveedor de servicios offshore,

el bufete de abogados panameño Mossack Fonseca. Los documentos de Pandora, por otro lado, arrojan luz sobre una sección representativa mucho más amplia de abogados, intermediarios y corredores que están en el corazón de la industria offshore a servicio de los multimillonarios.

Es como si el crimen se hubiese tercerizado y puesto los dueños del mundo en la penumbra, lejos de las eventuales Bastillas modernas.

La riqueza como Comunes

La creciente desigualdad se proyecta y consolida la apropiación privada de los llamados Bienes Comunes y Bienes Públicos, los cuales se caracterizan por no ser exclusivos y no rivales (lo que uno consume de aire en la atmósfera no disminuye su disponibilidad ni impide que otros seres lo hagan), y que se distinguen básicamente por el hecho de que los Bienes Públicos requieren de regulación para que el acceso común no agote el recursos (los peces son bienes comunes en el sentido de no ser propiedad de nadie, pero la pesca es tratada como un bien público, de acceso y uso regulado). Son considerados en esas categorías, por ejemplo, los recursos naturales como la biodiversidad, el agua, la salud, el medio ambiente, la seguridad pública, y hasta las vacunas para la Covid-19. (Véase, entre otros, HELFRICH, 2008 y SAVAZONI, 2018)

Si es cierto que la crisis hace reforzar el imperativo de los derechos colectivos, la lógica de la acción colectiva impone desafíos importantes. Como señalaba Mancur OLSON (1971) una de las áreas de políticas públicas más difíciles de poner en práctica los derechos colectivos son precisamente las que suponen beneficios difusos (característicos de los comunes) empero costos concentrados entre grupos y generaciones. El propio Olson sugiere como vía de superación de tales dilemas una suerte de “soborno” de los intereses concentrados. Por ejemplo, los ingresos de un impuesto al carbono deberían ser redistribuidos a los grupos que soportarían el costo para disminuir la resistencia de sectores poderosos. Algo equivalente sería producido por impuestos más progresivos sobre ingresos para compensar el más regresivo impuesto al carbono.

Superando el economicismo de los “tontos racionales”, la elegía del ocio creativo contrapuesta a la lógica del mercado

En los días actuales recobra vigencia la idea de que la gestión de la riqueza y de la propiedad representa pilares básicos de los Comunes, en especial por la vía del ingreso universal básico, también llamado de ingreso de ciudadanía. Keynes ya defendía en la década de los 1940 que “la renta básica encaja naturalmente en un entorno cultural que produce libertad y creatividad individual

y acoge la perspectiva de gestionar la transición hacia una era de ocio (KEYNES, 1930). En esa misma dirección, Bertrand RUSSEL (1918, 1935) propugnaba que el ocio era una utopía plenamente viable puesto que “la vida no se reduce a trabajar y gastar”. En efecto, investigaciones a lo largo de las últimas décadas subrayan que más acumulación de riqueza no hace las personas más felices, y que hay un componente intrínsecamente autodestructivo en la búsqueda exclusiva del consumo a cada día menos relacionado con las necesidades de sobrevivencia y bienestar humanos.

La propuesta de esa suerte de “Era del Ocio” busca superar el reduccionismo economicista “mentalmente retardado”, cuando:

“Se define un orden de preferencias para una persona, y cuando es necesario se asume que este ordenamiento refleja sus intereses, representa su bienestar, resume su idea de lo que debe hacerse y describe sus elecciones... El hombre puramente económico tiene casi un retraso mental desde el punto de vista social. La teoría económica se ha preocupado mucho por ese tonto racional, deleitándose con la conveniencia de su ordenamiento único de preferencias para todos los propósitos (SEN, 1979).

La realidad empírica comprueba en tanto que la acumulación de riqueza, es decir, el crecimiento económico, no es ni ha sido nunca un requisito o condición previa para el desarrollo y felicidad del ser humano. Además, las opciones humanas para el bienestar colectivo se proyectan mucho más allá del bienestar económico, ya que es el *uso* que hace una colectividad de su riqueza, y no la riqueza en sí, el factor decisivo.

El pensamiento de Stuart Mill es sumamente actual, curiosamente, publicado en el mismo año (1848) en el que Karl Marx y Friedrich Engels lanzaron su Manifiesto Comunista. A juzgar por lo que indican las palabras del ideólogo precursor del liberalismo, liberales y marxistas coincidieron en al menos un aspecto, el de anteponer la ética al desarrollo basado exclusivamente en el crecimiento económico:

“No puedo considerar el estado estacionario del capital y la riqueza con el disgusto que muestran los economistas de la vieja escuela. Confirmando que no me gusta el ideal de vida que defienden quienes creen que el estado normal del ser humano es una lucha incesante por avanzar; y que el aplastamiento, el codazo y el pisar los talones del que va adelante, característico del tipo de sociedad actual, constituye el tipo de vida más deseable para la especie humana. No veo ninguna razón para estar complacido de que las personas que ya son más ricas que los demás necesiten todavía multiplicar sus medios de consumir cosas que producen poco o ningún placer,

excepto como representativas de la riqueza. Sin duda, es más deseable que las energías de la humanidad se empleen en esta lucha por la riqueza que en las luchas guerreras, por lo menos hasta que las inteligencias superiores logren educar a los demás para objetivos mejores. Mientras las inteligencias sean groseras, necesitan estímulos groseros. Sin embargo, hay que perdonar a quienes no aceptan esta etapa tan primitiva del perfeccionamiento humano como su tipo definitivo: el puro y simple aumento de la producción y de la acumulación." (MILL, 1948).

También vale la pena recordar las palabras de Karl Marx, escritas desde una posición ideológica opuesta a la de Stuart Mill:

"La propiedad privada nos ha vuelto tan estúpidos y parciales que un objeto solo es nuestro cuando lo tenemos, cuando existe para nosotros como capital o cuando directamente lo comemos, bebemos, habitamos, etc., en fin, cuando lo usamos de alguna manera ... Así, todos los sentidos físicos e intelectuales han sido reemplazados por la simple alienación de todos estos sentidos; cuanto menos sea y menos exprese tu vida, más tendrás y más alienada será tu vida ... todo lo que el economista te quita en forma de vida y humanidad, te lo devuelve en la forma de dinero y riqueza." (MARX, 1975).

En contraste al ser que *tiene*, pero no es, advirtió Erich Fromm un siglo más tarde, "el amor [y la solidaridad] nos es algo que se pueda tener, sino un proceso... Puedo amar, puedo estar enamorado, pero no tengo... nada; de hecho, cuanto menos tenga, más puedo amar". Contrariamente al precepto máximo del neoliberalismo "consumo, ergo soy", con su corolario de "si yo soy consumidor, soy un ciudadano libre", señalaba Fromm hace más de dos décadas: "Tener libertad no significa liberarse de todos los principios guías, sino la *libertad para crecer* de acuerdo con las leyes de la estructura de la existencia humana; en cambio, la libertad en el sentido de no tener impedimentos, de verse libre del anhelo de tener cosas y el propio ego, es la condición para amar y ser productivo" (FROMM, 1978).

Nunca es demasiado recordar, ampliando lo que se acaba de subrayar, que los desafíos que plantean las situaciones de desigualdad social o degradación ambiental no pueden definirse como problemas individuales, sino que constituyen, de hecho, desafíos sociales, colectivos. Definitivamente, no se trata de garantizar el acceso, a través del mercado, a la educación, la vivienda, la salud o un medio ambiente libre de contaminación. Por el contrario, la satisfacción de las necesidades básicas requiere la recuperación de prácticas colectivas (solidarias) para lograr aspiraciones materiales y espirituales que garanticen el bienestar humano. Ello conlleva a señalar la necesidad de ser

establecido un ingreso mínimo universal que permita a los seres humanos dedicar sus energías a realizar actividades no relacionadas únicamente con la renta del trabajo.

El Imperativo del Ingreso Mínimo Universal

El Informe presentado por Brasil a la Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo (Rio-92) partía de una afirmación categórica:

“Si hay una síntesis posible para este fin de siglo, se puede caracterizar como el agotamiento de un estilo de desarrollo que resultó ser ecológicamente depredador, socialmente perverso y políticamente injusto. En este sentido, las señales de vulnerabilidad del ecosistema planetario [la crisis climática es tan solo una entre muchas] han actuado como una gran caja de resonancia de los diversos "agotamientos" que vemos encadenados en una lógica irrefutable que lleva a la necesidad de cambios profundos.” (GUIMARÃES, 1992)

La posición de Brasil avanzaba aún más para añadir con una claridad meridiana, para no dejar duda en los espíritus más domesticados, que “en situaciones de pobreza extrema, un individuo marginalizado de la sociedad y de la economía nacional no posee compromiso alguno en evitar la degradación ambiental si la sociedad no impide su propia degradación como ser humano.” (GUIMARÃES, Idem). En realidad, Brasil hacía eco a la propia Resolución 44/228 de Naciones Unidas, que convocó Rio-92 y afirmaba que la pobreza y el deterioro ambiental encuéntrase indisolubles y las nuevas estrategias “requieren de cambios en los patrones de producción y consumo, en especial en los países industrializados”.

Desigualdad, clima e hipocresía rentista

Además de las ya mencionadas cifras del crecimiento de la desigualdad en décadas recientes, la brecha entre ricos y pobres se manifiesta también en los esfuerzos por reducir los impactos de la crisis climática. Nada más que el 1 por ciento más rico de la población del planeta ultrapasa en 30 veces el umbral necesario para evitar que un aumento de la temperatura global supere el objetivo declarado de 1,5 grados Celsius hacia 2030. Recuérdese que ese 1 por ciento más rico corresponde a una población menor que Alemania, en camino de emitir 70 toneladas de dióxido de carbono per cápita por año. Mientras, el 50 por ciento más pobre del mundo emitirá, en promedio, solo una tonelada per cápita por año, según un estudio pre-

sentado recientemente por OXFAM (2021) recientemente en la COP 26 de Glasgow.

Por otra parte, en 2009 los países ricos se comprometieron a transferir \$100 mil millones al año a partir de 2020 como contrapartida hacia los países en desarrollo para preservar la naturaleza y enfrentar el cambio climático global. Como era de esperar porque se repite el mismo comportamiento de los países ricos en las Cumbres Mundiales desde Estocolmo-72, este compromiso no ha sido cumplido en periodo alguno desde ese entonces, luego de 50 años, y ahora se lo pospone cínicamente, como si nada, por otros dos años más, es decir, a partir de 2023.

Si bien pareciera a primera vista un compromiso encomiable que merecería ser celebrado, no se puede olvidar que, en la crisis de 2008, tan solo el gobierno de los Estados Unidos destinó 700 mil millones de dólares para rescatar a los bancos que invirtieron irresponsablemente en valores inmobiliarios clasificados por la prensa especializada como “podridos” --es decir, podridos para la sociedad, pero extremadamente saludables para los accionistas de los conglomerados financieros que provocaron la crisis. Al mismo tiempo, el G-20 destinó otros 1,1 billones de dólares a los países emergentes y al comercio mundial para combatir los efectos de la crisis especulativa.

En otras palabras, un muy reducido grupo de billonarios recibieron poco menos de 2 billones de dólares en pocas semanas, el equivalente a 20 años del “compromiso” COP 25, jamás cumplido.

También es oportuno recordar que Estados Unidos gastó 8 mil millones de dólares en las guerras posteriores a los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. Cantidad suficiente para eliminar el hambre en el mundo y preparar al planeta para afrontar más adecuadamente la catástrofe climática. Sin embargo, se utilizó esa montaña de recursos para matar directamente a más de 900.000 personas en países como Irak, Afganistán, Siria, Yemen y Pakistán. Para no mencionar las muertes causadas por la pérdida de agua, alcantarillado e infraestructura relacionada con la aterrorizante guerra “anti-terror”.

Un otro mundo es posible

Como un homenaje al motor del Primer Foro Social Mundial realizado en Porto Alegre, Brasil, en 2001, no deja de permitir un optimismo cauteloso respecto al futuro el nuevo plan de la coalición que puso a Olaf Scholz en la Cancillería Alemana en 2021, popularmente llamado Acuerdo Semáforo de Coalición, que combina el rojo del partido de Scholz, el SPD, el amarillo de los Demócratas Libres y el verde del partido de mismo nombre, que propone, entre otras medidas de impacto, sustituir la actual asignación por cesantía por un “ingreso ciudadano” (OTTENS, 2021).

Es igualmente digno de nota que la creencia en la “utopía posible” de Key-

nes y Russell se manifiesta crecientemente ajustada a la realidad. El *ingreso mínimo universal* ya ha sido adoptado en experiencias pioneras en Canadá (Ontario), los EE.UU. (Alaska), Holanda (Utrecht) y en el programa Bolsa Familia de Brasil en los años 2000, saludado por Naciones Unidas como “el más amplio y más importante programa de transferencia de renta en el mundo” Recién a fines de noviembre de 2021 la Suprema Corte de Brasil ha dictaminado la obligación del gobierno a reglamentar en 2022 la ley que creó dicho ingreso mínimo para todos los brasileños. Suiza ha sido el único país hasta el momento que lo ha rechazado en referéndum realizado en 2020. Por último, el Relator Especial de Derechos Humanos de la ONU propuso su adopción por todos los países a partir de marzo de 2020.

A modo de conclusión: gatopardismo neoliberal y conservadurismo dinámico

Conviene cerrar este breve ensayo de interpretación respecto de los desafíos antepuestos por la catástrofe del clima poniendo a descubierto los desafíos adicionales que la hegemonía del capital financiero, esencialmente rentista agrega a un de por sí complejo escenario. Entre otros, porque ello ha producido el gatopardismo del liberalismo y neoliberalismo como respuesta al estado de bienestar y al colapso de la Unión Soviética en la crisis bursátil de 1929 (con el consecuente aumento del autoritarismo y sustitución de la República de Weimar por el nazismo), a la crisis de la deuda en los años 1980 (por la vía de la desreglamentación y achicamiento del Estado) y, más recientemente, en la crisis de la burbuja especulativa de 2008 (con la estatización de pérdidas y ocultación de activos “offshore”).

Avanzando hacia el pasado

Si la última década del siglo pasado había significado la adhesión, al menos retórica, a las concepciones y propuestas de desarrollo sustentable, las dos primeras décadas del nuevo milenio atestiguaron un retroceso de la agenda internacional. Tanto las conferencias de Johannesburgo 2002 como la Rio+20 en 2012 no solo *no* representaron etapas superiores en la comprensión mundial sobre los desafíos del desarrollo sostenible, sino que lo único que lograron ha sido evitar un retroceso aún más desastroso. Suficiente con destacar que decisiones consagradas en la agenda internacional, algunas desde Estocolmo-72, estuvieron fuertemente amenazados de retroceso en Johannesburgo (GUIMARÃES, 2002).

En primer lugar, se verificó un importante revés en el “principio de precaución”, pilar de Rio- 92 y uno de los aspectos más revolucionarios del régimen internacional sobre medio ambiente. De acuerdo con el proyecto de Plata-

forma de Acción presentado por los EE.UU. para negociación, el principio de precaución debería ser sustituido por "el uso de un *enfoque ecosistémico con precaución*" con el añadido de "siempre que sea posible". Ahora bien, si es difícil establecer consenso respecto del significado de un "enfoque de ecosistemas", es posible imaginar la ambigüedad técnica de un mero "enfoque". Para empeorar, su uso "siempre que sea posible" no podría ser más inocuo y todavía más peligrosamente engañoso. A pesar de haberse logrado revertir esa amenaza real de retroceso a los tiempos de la prehistoria de la crisis ambiental, mucho antes incluso de Estocolmo, esfuerzos y tiempo preciosos fueron desperdiciados para garantizar avances pasados que habrían sido mejor empleados en la construcción de una verdadera agenda de transición hacia la sustentabilidad.

Los países desarrollados, los EE.UU. a la cabeza, buscaron, por otra parte, socavar el principio de las "responsabilidades comunes, pero diferenciadas", haciendo tabla rasa de los compromisos asumidos en Estocolmo-72 y Rio-92. Eso se manifestó sea en la exigencia de que los países en desarrollo asumiesen las mismas responsabilidades, por ejemplo, en materia de reducción de emisiones de gases de efecto invernadero, sean soslayando los compromisos asumidos en materia de transferencia de recursos financieros, de tecnología más limpia y de prácticas de comercio justo. Se produjo, además, un retroceso en los compromisos de los países desarrollados de aportar "recursos nuevos y adicionales" y destinar el 0.7 por ciento de su PIB para la ayuda al desarrollo, tal como convenido en Estocolmo en 1972. Tal aporte, además de no haberse materializado después de Estocolmo, excepto por los países Nórdicos de Europa, se ha ido declinando paulatinamente hasta llegar a menos de 0.20 por ciento del PIB de los países industrializados en los 1990. Por último, tanto en el ámbito público como privado, se siguió considerando los principios de protección ambiental y de desarrollo sustentable como "restricciones" al proceso de crecimiento económico, habiendo recrudecido el proteccionismo comercial y la imposición de "condicionalidades" de todo orden en la ayuda internacional bajo un barniz medioambiental

La triste realidad de hoy, cinco décadas después de Estocolmo, todavía espera que los líderes mundiales hagan eco a las advertencias expresadas por Margaret Mead. En sus palabras, "debemos reconocer que nunca podremos volver al modo de vida de nuestros antepasados, pero debemos recapturar esta sabiduría, en una forma que permita comprender lo que está pasando en la actualidad, cuando una generación casi ignorante de un sentido de la historia tiene que aprender a hacer frente a un futuro desconocido, para el cuál no ha sido preparada." (MEAD, 1970).

Estábamos mejor cuando estábamos “pior” (sic)

Treinta años más tarde, y a la luz de los altibajos de la agenda de desarrollo sostenible y de sus logros en América Latina, Lourdes de Santiago también tiene razón cuando nos recuerda la sabiduría de un campesino mexicano que resume la situación actual con profunda sapiencia: "estábamos mejor cuando estábamos pior (sic)" (DE SANTIAGO, 2002). No se puede negar que el mundo se ha tornado extremadamente más complejo en décadas recientes, pero es también real el sentimiento generalizado, a pesar de la ingenuidad tecnócrata de los pioneros de la sustentabilidad en Estocolmo, de que por cierto éramos felices y no sabíamos. Además de la ya señalada domesticación del discurso, el deterioro socio-ambiental tampoco presenta signos expresivos de reversión. Como hacía hincapié Bertold BRECHT (2004) en su poema *A Quien Vacila*:

*“Dices: “Nuestra causa no avanza hacia buen fin”.
La oscuridad aumenta. Las fuerzas disminuyen.
Ahora, después de tantos años de tarea
estamos peor que cuando comenzamos.
En cambio, el enemigo está más fuerte que antes.
Su poderío parece haber crecido. Por su aspecto parece invencible.
Nosotros en cambio hemos cometido mil errores, ya no se puede negar.
Cada vez somos menos.
Las consignas son confusas. Muchas palabras
que eran nuestras han sido deformadas por el enemigo
hasta tornarlas irreconocibles.
“De lo que ahora decimos ¿qué está mal?
¿Una parte o todo?
¿Con quién podemos seguir contando?
¿Somos rezagos, expulsados de las corrientes vivas?
¿Quedaremos atrás, sin entender a nadie ya, sin nadie que nos entienda?
¿Dependemos de la suerte?”
Todo eso preguntas.
¡Pero no esperes más respuesta que la tuya!”*

El gatopardismo se ha ampliado también en la domesticación del desarrollo sustentable, con el *imperio del mercado* en desmedro de la acción pública, colectiva. El Desarrollo Sustentable es de hecho antitético al paradigma neoliberal porque se dirige a “actores” (las generaciones futuras que todavía no participan en el mercado) y se proyecta además en el largo plazo, mientras el mercado asigna recursos entre actores existentes y en el corto plazo. De ahí lo que se ha llamado en otra oportunidad las “paradojas” ideológica, social e institucional del discurso sobre sustentabilidad (GUIMARÃES, 1994).

La Nueva Plus Valía Medioambiental

Esa “desconstrucción” del desarrollo sustentable se revela también en la *mercantilización de la Naturaleza* y la subordinación de la economía y del poder político al capital financiero y especulativo, todo ello alimentado por una ética individualista, consumista y por una moral igualmente utilitaria.

Las dinámicas actuales, tanto del Capitalismo como del Turismo, ponen en el escenario mucho de lo que se ha sugerido aquí (ZIZUMBO y MONTERROSO, 1977). Lilia Zizumbo, por ejemplo, subraya que el turismo podría efectivamente ofrecer una alternativa para comunidades rurales al contribuir para contrarrestar los efectos perversos de la globalización. Por desgracia, pero no por casualidad sino por diseño e intencionalidad, la realidad revela que, en las últimas décadas, la promoción del turismo se ha concentrado casi exclusivamente en atraer capitales extranjeros y a privilegiar la *acumulación privada de capitales*. Como resultado, las comunidades más marginadas no se han beneficiado de la alternativa turística para asumir el rol protagónico de su propio desarrollo y autonomía. Neptalí Monterroso sostiene, además, que las propuestas turísticas desde arriba suponen satisfacer el patrón de vida en las zonas rurales, empero se logre únicamente cuando estas encajan en el sistema-mundo neoliberal.

Tales comentarios permiten subrayar que uno de los aspectos más perniciosos de la globalización ha sido la tendencia a *mercantilizar* la Naturaleza. Las “soluciones” a la crisis ambiental como el Protocolo de Kioto (para la crisis climática) y la “economía verde” (para la crisis de sustentabilidad) no hacen más que reforzar la ofensiva especulativa, financiera, sobre el territorio y los bienes comunes. El turismo representa, por lo mismo, el ejemplo más acabado, y más descarnado, de la mercantilización de territorios, pueblos y servicios ambientales a ultranza.

En definitiva, se ha tratado de enmascarar el tradicional turismo masivo con el nuevo agregado de “sustentable”, más exclusivo, supuestamente de bajo impacto socio-ambiental, direccionado a promover el desarrollo de las comunidades locales. La realidad comprueba en tanto que la (re)valorización de los territorios como destinos turísticos solo ha resultado en mayores ganancias para inversionistas privados, en su mayoría representados por capitales externos y fuertemente concentrados.

La valoración misma que se hace de los destinos de ese “turismo sustentable” se la hace bajo la lógica no de las comunidades locales, sino de las dinámicas culturales y sociales de los lugares de origen. No sorprende, en un sentido complementario, que el *ocio* cuyas actividades turísticas supuestamente satisfacen también se ha transformado en un nuevo “fetichismo de la mercancía” que haría ruborizar hasta Karl Marx. Más que una oportunidad para el bienestar, placer y crecimiento espiritual de los individuos, el tiempo libre se ha vuelto objeto de consumo, status y diferenciación social.

El “nuevo” turismo pone pues al descubierto que hace falta un “nuevo” Marx. Al fin y al cabo, el nuevo “fetichismo de la mercancía” (en este caso, el de la naturaleza) por la vía del turismo complejiza los conceptos tradicionales de acumulación basada en las condiciones de producción material y de la plus valía producida por la explotación del trabajo. Se añade ahora una producción material de excedente con una *plus valía medioambiental* con la explotación de los recursos naturales, del paisaje y de los servicios ambientales.

Todo lo anterior lleva a concluir que los territorios se han vuelto auténticos *enclaves* (en la acepción de CARDOSO y FALETO, 1977) para el usufructo y acumulación de la riqueza externa con la ampliación de la pobreza y de la degradación de los recursos y servicios ambientales locales. Las *ganancias* quedan en manos privadas en los países de origen, mientras los costos de la precariedad laboral y de mitigación de la degradación y del agotamiento de los recursos y servicios ambientales incrementan los *pasivos* locales, colectivos y individuales.

Somos todos Pascuenses

Para sugerir algunos temas que han recobrado importancia últimamente, hay que mencionar un libro de Jared Diamond que todos debieran conocer como lectura obligada. Se llama *Colapso* y tiene un subtítulo muy sugestivo: “*por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*” (DIAMOND 2004). Este libro es una de las obras más espectaculares de historia ambiental y ha ganado numerosos premios, incluso el codiciado premio Pulitzer. Lo que hace el autor es algo inusitadamente muy osado, pues analiza todas las sociedades que fracasaron y las compara con las sociedades que todavía existen hoy. Así, en vez de mirar los errores, por ejemplo, de la isla de Pascua y decir en qué se equivocaron o pensar que fracasaron porque eran ingenuos, ignorantes o tontos, lo que hace el libro y donde radica su belleza es en comparar esas sociedades con escenarios actuales, para así saber quiénes son los Isla de Pascua hoy, quienes son los Mayas hoy. Eso logra revelar el ciclo que siguieron todas las sociedades que fracasaron en el pasado.

Luego de analizar todas esas sociedades y saber por qué fracasó cada una, responde a una pregunta que un estudiante le hizo y que supo que era la pregunta correcta: “profesor: entiendo por qué fracasó la Isla de Pascua, por qué fracasaron los Maya, y los Sioux del norte de México y sur de Estados Unidos, pero me quedo preguntando: ¿alguien ha estudiado lo que estaba en la cabeza del tipo que botó el último árbol que había en la Isla de Pascua? Esa es la pregunta”. Él tenía plena consciencia que los habitantes de la Isla de Pascua eran conservacionistas, no eran unos destructores de la naturaleza, porque veneraban la naturaleza ¿Será que el tipo no se dio cuenta que solo había un árbol y que cuando él botara ese, se iban a acabar todos?

Diamond responde adecuadamente y concluye de modo brillante que lo que hay en común en todas esas sociedades ha sido su incapacidad para cambiar, y de ahí el autor deriva cuatro etapas de esa incapacidad: *anticipar, percibir, comunicar y actuar*. La sociedad puede anticipar la amenaza pero no percibir que seguir por ese sendero puede involucrar problemas insolubles. Así, en 1890 hubo el primer estudio científico del cambio climático, por tanto, no constituye una novedad, ya sabemos hace 120 años que la comunidad científica viene indicando “si seguimos por ese sendero industrial va a emerger una crisis climática”. Aun así, frecuentemente se tiene dificultad de percibir hasta cuando la amenaza se torna real, o se logra anticipar y percibir, pero no se logra comunicar a la sociedad y la información queda solo entre los estudiosos, o, finalmente, se logra anticipar, se logra percibir y se logra comunicar, pero no se logra actuar.

Eso describe precisamente lo que está ocurriendo en la actualidad. La humanidad se está hundiendo hacia la extinción como sociedad civilizada, no por falta de anticipación, no por falta de percepción, ni por falta de comunicación; sino por inacción para adoptar las acciones necesarias para revertir esa crisis terminal. Sabemos que la crisis climática vendría, sabíamos eso hace mucho, ya se percibió, ya fue comunicado, ya hubo, por ejemplo, cinco reuniones del Consejo de Seguridad para tratar del tema, tres reuniones del G8 y 26 COP. Solo falta el “pequeño detalle” como diría el comediante Mexicano Cantinflas, falta *tomar decisiones y actuar*.

Se hace ineludible tanto plantear la pregunta sobre hasta cuándo vamos a seguir adoptando el discurso de la sustentabilidad para enmascarar la mantención del status quo que solo llevará al desastre de la Isla de Pascua, vuelta ahora global. Como señala Jared Diamnod, “tal vez el secreto del suceso o fracaso de las “Islas de Pascua” de la actualidad esté en saber identificar cuáles son los valores fundamentales a preservar y cuáles deban ser sustituidos por nuevos según la exigencia de los tiempos. De manera similar, ningún ser humano debe ser condenado a una vida breve o miserable solo por haber nacido “en la clase equivocada, en el país equivocado o del sexo equivocado” (PNUD, 1994). Actualmente "acorralado" o habiendo sobrevivido a su casi "extinción" en manos de los apóstoles del neoliberalismo (GUIMARÃES, 1990, 1996), el Estado está, sin duda, "herido de muerte". Su principal amenaza proviene del entorno externo. La internacionalización de los mercados, de la propia producción y de los modelos culturales, cuestiona la capacidad de los Estados para mantener la unidad e identidad nacional, provocando la fragmentación de su poder para gestionar las relaciones externas de la sociedad, fortaleciendo los vínculos transnacionales entre los segmentos de la élite excluyente en el país.

Esto conduce a la paradoja señalada en un seminario organizado por Fernando Henrique Cardoso para inaugurar su período como presidente del Brasil, y que reunió un grupo de connotados intelectuales para discutir los

desafíos y las propuestas para superarlos: "un tipo de Estado que sea capaz de hacer lo que se debe hacer, pero no sea capaz de hacer lo que no se debe hacer." (PRZEWORSKI, 1995). Un Estado que tenga plena capacidad para intervenir pero que esté suficientemente aislado de presiones de los intereses privados para decidir cuándo intervenir. Esto, señala acertadamente Przeworski, revela ser una prescripción inadecuada, puesto que "el motor del crecimiento son las externalidades que el mercado no provee con eficiencia; a menos que el Estado intervenga, aunque en forma extremadamente selectiva, no habrá crecimiento" (ídem). Przeworski concluye que el falso dilema Estado versus mercado oscurece el hecho de que lo que está en juego son arreglos institucionales que incentiven e informen adecuadamente a los agentes económicos privados y estatales, para que estos se comporten en forma beneficiosa para la colectividad en su conjunto.

De ser así, para que el futuro deseado por amplias mayorías pueda completar el largo proceso de conquista de derechos civiles, políticos y económicos y ambientales, se hace urgente construir la necesaria *ciudadanía socio-ambiental* para afrontar retos que se han ido acumulado tras siglos de rentismo socioeconómico y escaso compromiso con la solidaridad inter e intra-generacional.

Puede que Mona Lisa Vuelva a Sonreír

Los que perecieron, perecieron porque no supieron percibir, pero nosotros somos mucho más mediocres y hemos fracasado más rotundamente que ellos, porque percibimos y sabemos qué se debe hacer, pero hay una incapacidad de construir decisiones colectivas debido a conflictos de intereses mezquinos. La principal falencia, y el principal desafío a la vez, no es de percibir los crecientes desafíos sociales y ambientales, sino el inmovilismo y la falta de voluntad para actuar. Luego de presenciar la actuación de los banqueros en la crisis financiera, cuando en tan solo ocho semanas en 2008 gastaron 14 billones de dólares, 20 veces más de lo que se necesita para revertir problemas climáticos, no hay como negar que sobra voluntad política para la inacción. Tenía razón el genio de la planificación del Tercer Reich, Rudolf Hess, cuando en sus memorias, reconoció cándidamente que estuvo envelado por los sucesivos éxitos del régimen nazista, ciego a la destrucción de valores humanos subyacentes en los anhelos de gloria y poder mundial. Revelador que Hess haya reconocido su voluntad política para seguir adelante pese a las señales alarmantes a su vuelta, pues "el descenso al Infierno puede ser una carrera de verdad inebriante".

En síntesis, una comprensión adecuada de la necesaria transición hacia un mundo sustentable requiere del reconocimiento de que la humanidad se enfrenta rápidamente al agotamiento de un estilo de desarrollo *ecológicamente depredador* (que agota la base de recursos naturales), *socialmente perverso*

(que genera pobreza y desigualdad), *políticamente injusto* (escasez relativa y absoluta en el acceso a los recursos), *éticamente repulsivo* (falta de respeto a las formas de vida humanas y no humanas) y *culturalmente alienado* (produciendo alienación entre los seres humanos y subyugación de la naturaleza).

Afirmar que los seres humanos deben constituir el centro y la razón de ser del desarrollo implica abogar por un nuevo estilo de desarrollo. Un desarrollo que sea *ambientalmente* sostenible en el acceso y uso de los recursos naturales y la preservación de la biodiversidad; que sea *socialmente* sostenible en la reducción de la pobreza y de la desigualdad; que sea *culturalmente* sostenible en la preservación del sistema de valores, prácticas y símbolos de identidad que condicionan la integración nacional en el tiempo; que sea *políticamente* sostenible al profundizar la democracia y garantizar el acceso y la participación de todos los sectores de la sociedad en la toma de decisiones; y, en definitiva, que sea *éticamente* sostenible al promover derechos colectivos y la justicia social.

Para ello, se hace fundamental, incluso imprescindible, superar con urgencia el economismo de “los tontos racionales” de Amartya Sen que contamina el pensamiento contemporáneo sobre la globalización, las formas de gobernanza y el propio proceso de desarrollo. La economía necesita rescatar con urgencia su identidad y sus propósitos iniciales, sus raíces como *oikonomia*, el estudio de la administración y abastecimiento del oikos o hogar humano, por feliz coincidencia, la misma raíz semántica de la ecología.

Nunca estará demás recordar, ampliando lo que se acaba de subrayar, que los desafíos que plantean las situaciones de desigualdad social o degradación ambiental no pueden definirse como problemas individuales, sino que constituyen, de hecho, desafíos sociales, colectivos. De persistir la tendencia reciente, cuando el Estado ha asumido muchos de estos vínculos (por ejemplo, la negociación y posterior estatización de la deuda externa privada), se incurre en el riesgo de que las políticas de Estado no sean más que la ambulancia que recoge a los heridos y desechables de una globalización corporativa, neoconservadora, en un contexto en el que la mayoría de las decisiones fundamentales para la cohesión social se toman fuera de su territorio y a través de actores totalmente ajenos a su realidad e interés nacional.

Un ensayo publicado por la revista Merope en Argentina (GUIMARÃES, 2020) trató de desmenuzar dos escenarios posibles en un mundo post-COVID, entre la profundización de la disyuntiva distópica actual y el extremo opuesto, la solidaridad y el cuidado del otros. Para tales propósitos, se hizo uso de una metáfora acerca del enigma de la sonrisa de Mona Lisa, un misterio que todavía acapara la atención de todos. Probablemente la interpretación más cercana a la realidad sea la reconocida capacidad de Leonardo da Vinci de vislumbrar lo que permanece invisible a los demás, cuya explicación para el vuelo de las libélulas llevó más de 4 siglos para ser confirmado por la ciencia.

Esta observación permite sugerir la metáfora de que, por detrás de la sonrisa de la Gioconda, se encuentra la *empatía*. Mucho más que la interpretación popular de “ponerse en el lugar del otro”, representa un movimiento más profundo, la capacidad de sentir por el otro sus propias emociones y sentimientos. En otras palabras, una forma racional y objetiva de experimentar en la propia piel lo que el otro está vivenciando. Para que este escenario se concrete y Mona Lisa vuelva a sonreír, son necesarios cambios en la calidad de vida y la felicidad de las personas, más que la pura y simple acumulación de riqueza. Cambios que trascienden las expresiones mercantiles de las transacciones de mercado e incluyen dimensiones sociales, culturales y éticas.

De hecho, una generación en la que prevalecen la pobreza, la exclusión y la degradación ambiental, además de profundizar el uso depredador de los recursos, la alienación y la pérdida de la identidad humana, representa la más segura garantía de que no habrá generación futura. Al menos no una generación de la que valga la pena sentirse miembro.

Las palabras de Clive en 1947 (LEWIS, 2012) vienen inmediatamente a la mente en ese sentido, en especial cuando afirma que “lo que llamamos el poder del hombre sobre la naturaleza es de hecho el poder de algunos hombres sobre otros hombres, utilizando la naturaleza como su instrumento”. Es por ello que las posibles soluciones a las crisis ambientales globales a través del desarrollo sustentable tendrán que ser, forzosamente, encontradas en el propio sistema social, y no en alguna magia tecnológica o de mercado.

Como concluye brillantemente Clive Lewis –en año en que la sustentabilidad todavía no estaba de moda y la biodiversidad siquiera había sido incorporada a los léxicos-- “la naturaleza humana será la última parte de la naturaleza en entregarse al hombre... y aquellos sujetos a su poder ya no serán hombres; ellos serán artefactos. La última conquista del hombre será de hecho la abolición del hombre”.

A pesar de todo, todavía es posible transformar el rumbo del debate internacional para que sea posible construir una gobernanza de sustentabilidad económica, ambiental, cultural, política y, sobre todo, una ética digna de la sonrisa de Mona Lisa. Afortunadamente, la poesía de Antonio MACHADO (1917) enseña que “caminando no hay camino, el camino se hace caminando”.

El camino por delante para tornar posible lo que hoy parece imposible tiene que ser coherente con el discurso. Como afirmó la embajadora de Granada, Dessima Williams, presidenta de la Alianza de los Estados Insulares Pequeños, en una reunión científica previa a Río+20: “¡Venimos aquí como embajadores del planeta para alertar a las sociedades occidentales de que necesitamos acción, y acción AHORA!” (GUIMARÃES y FONTOURA, 2012).

Antes que sea demasiado tarde.

Bibliografía

ADORNO, T, et al (1950). The Authoritarian Personality. Nova York: Harper, 1950.

BOSORGMERH, K, et al. (2021). “Free Licensing of Vaccine to End the COVID-19 Crisis,” THE LANCET, 397 (10281), 03 de abril, [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(21\)00467-0](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(21)00467-0)

BOTTEGA, A, et al. (2021). “Quanto Fica com as Mulheres Negras? Uma Análise da Distribuição de Renda no Brasil,” Folha de São Paulo, 10 dezembro, 705 mil homens brancos têm renda maior que a de todas as 33 milhões de mulheres negras do Brasil - 10/12/2021 - Mercado - Folha (uol.com.br)

BRECHT, B (2004). 80 Poemas y Canciones, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora.

CARDOSO, F. y FALETTO, E (1977). Dependencia y Desarrollo en América Latina: Ensayo de Interpretación Sociológica, Buenos Aires: Ediciones Siglo XXI.

CHAUÍ, M (2021). “Brasil de Bolsonaro tudo que remete à democracia parece desaparecer”, q3 de novembro, Marilena Chauí: No Brasil de Bolsonaro tudo que remete à democracia parece desaparecer - YouTube.

DE SANTIAGO, L G. (2002). La Gobernabilidad en América Latina en el Siglo de la Globalización, Santiago de Chile, Universidad Alberto Hurtado, Tesis de Maestría.

DEUTSCHE WELLE (201). “EUA pressionaram Brasil a não comprar Sputnik, diz relatório,” Deutsche Welle Made for Minds, 14 de marzo, <https://www.dw.com/pt-br/eua-pressionaram-brasil-a-nao-comprar-sputnik-v-diz-relat%C3%A3o-comprar-sputnik-v-diz-relat%C3%B3rio-do-governo-trump/a-56881935>

DIAMOND, J (2004). Collapse: How Societies Choose to Fail or Succeed, Nueva York: Viking Press.

FROMM, E (1978). ¿Tener o Ser?, México: Fondo de Cultura Económica.

HARARI, Y (2021). “Covid não Acaba com Humanidade, mas Aquecimento Global Pode,” Revista Poder 360, 11 de noviembre, acceso eletrônico “Covid não acaba com humanidade, mas o aquecimento global pode”, diz Harari | Poder360

HARVEY, D (2014). Cidades Rebeldes: Do Direito à Cidade à Revolução Urbana, São Paulo: Editora Martins Fontes.

HELFRICH, S, org. (2008). Genes, Bytes y Emisiones: Bienes Comunes y Ciudadanía. El Salvador: Ediciones Böll.

ICIJ-CONSÓRCIO INTERNACIONAL DE JORNALISTAS INVESTIGATIVOS (2021). “Paraísos fiscais, riquezas ocultas de líderes mundiais e bilionários, expostos em um vazamento sem precedentes,” El País, 03 de octubre, 'Pandora Papers': Paraísos fiscais, riquezas ocultas de líderes mundiais e bilionários, expostos em um vazamento sem precedentes | Internacional | EL PAÍS Brasil (elpais.com).

GUIMARÃES, R P. (1990). "El Leviatán Acorralado: Continuidad y Cambio en el Papel del Estado en América Latina," América Latina y Europa Occidental en el Umbral del Siglo XXI, Atilio Borón e Alberto van Klaveren, eds. Buenos Aires e Madrid: Grupo Editor Latinoamericano, pp.109-150.

GUIMARÃES, R P. (1992). "O Brasil e o Desafio do Desenvolvimento Sustentável," Governo do Brasil, O Desafio do Desenvolvimento Sustentável: Relatório do Brasil para a Conferência das Nações Unidas sobre Meio Ambiente e Desenvolvimento. Brasília, Secretaria de Imprensa da Presidência da República, pp. 13-14.

GUIMARÃES, R P. (1993). "Da Oposição entre Desenvolvimento e Meio Ambiente ao Desenvolvimento Sustentável: Uma Perspectiva do Sul", Sérgio H. Nabuco de Castro, org., Temas de Política Externa Brasileira - II, Brasília: Ministério de Relações Exteriores/IPRI.

GUIMARÃES, R P. (1993). "El Leviatán en Extinción? Notas sobre la Reforma del Estado en América Latina", Pretextos (Lima), N° 9, noviembre, pp. 115-43

GUIMARÃES, R P. (1998). "Aterrizando una Cometa: Indicadores Territoriales de Sustentabilidad," Revista Interamericana de Planificación (Cuenca, Ecuador), N° 119-120, julio-diciembre 1998, pp. 7-58.

GUIMARÃES, R P. (2002). "La Sostenibilidad del Desarrollo entre Rio-92 y Johannesburgo-2002: Eramos Felices y No Sabíamos," Ambiente e Sociedade (Campinas, Brasil), 4 (9), Segundo Semestre, pp 5-24

GUIMARÃES, R P. (2003). Tierra de Sombras: Desafíos de la Sustentabilidad y del Desarrollo Territorial y Local ante la Globalización, Santiago de Chile: CEPAL, Serie Medio Ambiente y Desarrollo N° 67 (LC/L.152-P), septiembre.

GUIMARÃES, R P. (2020). "Pasado y Futuro de la Dystopia o el Enigma de la Sonrisa de Mona Lisa", MEROPE-Revista del Centro de Estudios en Turismo, Recreación e Interpretación del Patrimonio (Nuequén Argentina), Año. 1, N° 2, agosto, pp. 10-21.

GUIMARÃES, R P. y FONTOURA, Y S. R. (2012). "Rio+20 ou Rio-20? Crônica de um Fracasso Anunciado," Ambiente e Sociedade, XV(3), 19-39.

Ife-INITIATIVE FOR EQUALITY (2021). Five years of human rights violations at Kahuzi Biega National Park, 2 diciembre, Five years of human rights violations at Kahuzi Biega National Park - Initiative for Equality.

KANT, I (2005). Sobre la Paz Perpetua, Madrid: Alianza Editorial.

KEYNES, J M (1930), "Economic Possibilities for Our Grandchildren," Essays in Persuasion, Nova York: Harcourt Brace, pp. 358-373.

LEWIS, C S. (2012). A Abolição do Homem. São Paulo: Editora Martins Fontes.

MACHADO, A (1917). Poesías Completas, Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

MARX, K (1975). Marx y su Concepto del Hombre, Mexico: Fondo de Cultura Económica, 6ª reimpresión.

MILL, S (1848). Principles of Political Economy with Some of their Applications to Social Philosophy, (Nueva York: The Colonial Press, dos volúmenes, edición revisada del original de 1848, pp. 641-642.

MILLER, G. T (1985). Living in the Environment: An Introduction to Environmental Science, Belmont, CA: Wadsworth Publishing Company.

OLSON, M (1971). The Logic of Collective Action: Public Goods and the Theory of Groups. Cambridge, MA: Harvard University Press.

OTTENS, N (2021), "What's in Germany's "Traffic Light" Coalition Agreement," Atlantic Sentinel, 25 de noviembre, https://atlanticsentinel.com/2021/11/whats-in-germanys-traffic-light-coalition-agreement/?utm_source=meio&utm_medium=email

PNUD-Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (1994). Informe sobre Desarrollo Humano, 1994, México, Fondo de Cultura Económica.

PIKETTY, T (2021). Une Brève Histotire de L'Egalité. Paris, Éditions du Seuil.

PRZEWORSKI, A (1995) - "Comentários", O Brasil e as Tendências Econômicas e Políticas Contemporâneas (Seminário de Brasília), Brasília: Fundação Alexandre de Gusmão, Ministério de Relações Exteriores, pp. 23-24.

RUSSEL, B (1918). Proposed Roads to Freedom. Londres: Bibliotech Press.

RUSSEL, B (1935). In Praise of Wilderness, Londres: Geroge Allen & Unwin.

SAVAZONI, R (2021).O Comum entre Nós: Da Cultura Digital à Democracia do Século XXI, São Paulo, Edições SESC São Paulo, file:///E:/ZZZZZZ%20SALVAR%20EM%20DRIVE%20EXTERNO/O_Comum_entre_Nos_da_cultura_digital_a_d.pdf

Sen, A (1979). 'Rational fools: A critique of the behavioural foundations of economic theory', in F. Hahn and M. Holis, eds., Philosophy and Economic Theory, Oxford: Oxford University Press: 87-109.

Sen, A (1999). Development as Freedom, Nueva York: Anchor Books.

Sen, A (2004). "Why We Should Preserve the Spotted Owl," London Review of Books, Vol 26, No. 3, 5 de febrero, pp. 10-11

SHON, D (1973). Beyond the Stable State. Nueva York: WW. Norton

STIGLITZ, J (1998) More Instruments and Broader Goals: Moving Toward the Post-Washington Consensus," Helsinki: The 1998 WIDER Annual Lecture, 7 de enero, <https://archive.globalpolicy.org/component/content/article/209-bwi-wto/43245.html>

WCED, World Commission on Sustainable Development (1987). Our Common Future, Nueva York Oxford University Press.

WILLIAMSON, J, ed. (1989). Latin American Readjustment: How Much has Happened, Washington: Peterson Institute for International Economics.

ZIZUMBO VILLARREAL, L y MONTERROSO SALVATIERRA, N. coords., (2017). Repensando el Turismo Sustentable, México: Universidad Autónoma del Estado de México.